

Menú degustación

ATALAYA

369

www.elboomeran.com

MANUEL CRUZ

Menú degustación

La ocupación del filósofo



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

© Manuel Cruz, 2009

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

El presente volumen ha sido realizado en el marco de las actividades del Proyecto de Investigación HUM 2006-02606/FISO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia

Primera edición: octubre de 2009

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2009

Ediciones Península,

Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.

info@edicionespeninsula.com

www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición

LIMPERGRAF, S.L. · impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 37.195-2009

ISBN: 978-84-8307-897-6

A la memoria de mi padre

He pintado los muros de mi casa.
Me he sentado.

He puesto unas palabras
junto a otras para que puedan ser más que palabras
y tengan un sentido,
y éste fue su sentido:
Es posible
hacer la tierra habitable
para el hombre.

GÜNTER KUNERT, «Sobre lo transitorio»
(trad. cast.: José Ángel Valente)

[...] todos los días me transformo en palabras y
envuelvo las palabras en papel como si fueran dulces.

J. M. COETZEE, *La edad de hierro*

CARTA

Instrucciones para el manejo de la carta	11
Aperitivo doctrinal	17

PRIMEROS PLATOS SOBRE LA FIGURA DEL FILÓSOFO (O A QUÉ SE DEDICA QUIEN SE DEDICA A LA FILOSOFÍA)

1. Elogio de lo inútil	29
2. La enseñanza de la cosa	39
3. Predicar con el ejemplo	53
4. Hay que buscar a los interlocutores dondequiera que estén (acerca de la disyuntiva: ¿intervenir o no intervenir?)	63

SEGUNDOS PLATOS SOBRE ALGUNOS DE LOS TEMAS DEL FILÓSOFO (O DE QUÉ SABE QUIEN SABE DE FILOSOFÍA)

5. Dios: ¿muerto o mal enterrado?	77
6. Negatividades: la muerte, la nada y otras desventuras	91
7. Verdad y mentira: las orillas de un cauce seco	109
8. Seamos prácticos... (es un decir)	131

POSTRE LIGERO
TENTATIVA DE EPÍLOGO:
SÓLO SE VIVE UNA VEZ, SEGÚN PARECE

Historia de una botella	151
Notas	157

INSTRUCCIONES PARA EL MANEJO DE LA CARTA

Me disculpo por no recordar qué escritor fue el que dijo aquello de que, cuando uno da con el título de la novela, luego el resto —o sea, la novela en cuanto tal— ya fluye solo, como un efecto inevitable y derivado de ese fogonazo inicial. De los libros de filosofía o de pensamiento en general tal vez pudiera afirmarse algo parecido, aunque con las modificaciones pertinentes. En este caso se diría que, cuando el autor tiene la idea —quiere decirse: una buena idea, una idea potente, digna de ser perseguida—, el libro va de suyo, termina estallando como resultado de la presión incontenible del pensar.

Pero no conviene ser exageradamente optimista a este respecto. Parece claro que de una buena idea no siempre se sigue un buen texto (de la misma manera que un buen título no siempre anuncia una buena novela). Entre ambos momentos se sitúa un tercero, rigurosamente insoslayable: el de la elaboración propiamente dicha del libro (entre otras razones porque, como decía uno de los miembros de Les Luthiers, «a los libros, cuando no están escritos, parece como si les faltara algo»). Momento tan insoslayable como crucial, por cierto. Porque ahí es donde se echan a perder, se empantanan o, simplemente, se desdibujan muchos buenos proyectos. La suerte final dependerá, en gran medida, del modelo de desarrollo de la intuición inicial por el que se opte.

El problema —el siguiente problema, mejor dicho— es que la valoración que deba merecer esa suerte (en definitiva: el que se hayan alcanzado los objetivos propuestos, estando a la altura de la promesa que contiene el título) raramente puede

quedar en manos del propio autor, al que, por más que le concedamos el beneficio de la duda, la buena intención y cuantas hipótesis caritativas se nos ocurran, la materialización del proyecto acostumbra a absorberle tal cantidad de energías que resultaría ciertamente abusivo (y un punto cruel) reclamarle que se dejara un resto para la autocrítica. En ese sentido, no tiene por qué considerarse ni coquetería ni falsa modestia el habitual recurso del escritor que delega en los lectores la responsabilidad del balance final. Más bien debiera ser juzgado, a la vista de lo expuesto, como un ejercicio de lucidez (o incluso de autenticidad).

Lo que cabe exigir, pues, a un autor no es que sea su mejor crítico, sino que actúe de acuerdo con lo que resulta de su competencia y muestre, con la máxima honestidad intelectual y transparencia, los elementos con los que ha operado, esto es, los objetivos propuestos, los materiales argumentativos utilizados, las convicciones subyacentes y, por qué no decirlo, los valores de todo tipo que tutelaron la pesquisa. Con más sencillas palabras: el lector puede exigir al autor que ponga todas sus cartas encima de la mesa. Vayamos a ello entonces.

También en materia de pensamiento conviene seguir una dieta equilibrada. Los riesgos de no hacerlo son tan variados como conocidos. Así, la ingestión de cantidades excesivas de pasado puede generar patologías específicas, que suelen manifestarse en melancolía, incapacidad para percibir la especificidad del presente y otros síntomas similares. Por su parte, la desmesurada avidez de actualidad acostumbra a provocar ansiedades de diverso tipo, como —por señalar sólo una— la que algunos denominan el *síndrome de la inauguración permanente*, que se manifiesta en la tendencia que experimentan quienes lo padecen a considerar que cualquier cambio o transformación que se produzca está señalando el inicio de una nueva etapa, un nuevo tiempo o una nueva fase en la historia de la humanidad. Como resulta fácil de imaginar, tan exagerada expectativa tiende a proyectar, sobre la más mínima modificación que tenga

lugar en el escenario del presente, un dramatismo que termina por generar casi inexorablemente en el paciente todo tipo de trastornos y malestares. Por lo que respecta, en fin, a los excesos en el consumo de futuro, disponemos de suficientes ejemplos —bien cerca de nosotros en el tiempo— que muestran lo que acostumbra a tener de huida hacia delante y, en la misma medida, de alejamiento, cuando no de rechazo, de los reales problemas con los que debiera enfrentarse el individuo.

Pero no son éstos los únicos desequilibrios que conviene tomar en consideración. También son frecuentes, e igualmente problemáticos, los que se producen entre disciplinas o ámbitos discursivos. Convendrá mencionar los enormes perjuicios causados por el abuso en la ingestión de pensamiento científico, abuso que en el pasado siglo derivó en esa extendida patología conocida como *cientificismo*, de especial importancia en algunos ámbitos (como el de la filosofía), pero en todo caso no la única que ha assolado los territorios de la reflexión. Podríamos viajar a un pasado anterior y recordar las épocas en las que la teología campaba a sus anchas, subordinando, cuando no subsumiendo, cualesquiera saberes y discursos, pero resultará más clarificador que el del *cientificismo* proponer otros ejemplos más próximos a nosotros. En este capítulo deberíamos incluir un cierto *eticismo*, nombre técnico para designar un determinado imperialismo del discurso ético, que suele ofrecer como síntoma más frecuente unos sarpullidos de lo que por lo común se conoce como *moralina* y cuyo rasgo más característico es que pueden localizarse en las partes más insospechadas del razonamiento acerca de cualquier cosa.

Está claro que la relación de patologías podría prolongarse casi hasta el infinito pero, como se trataba sólo de empezar a ilustrar las virtudes de una dieta equilibrada en materia de pensamiento, bastará con las expuestas. En cualquier caso, no debiera, precipitadamente, deducirse de ello una imprecisa exhortación a *pensar de todo* (análoga al *comer de todo* que acostumbran a recomendar los expertos en nutrición). Un plan-

teamiento tal sugeriría una imagen indiferenciada de los objetos del pensamiento ante la que conviene estar sobre aviso. Y de la misma forma —por continuar tenazmente con el paralelismo— que comer de todo no significa comer de todo *en idéntica proporción*, así también atender a las distintas calidades del discurso, tomar en cuenta los diversos tratamientos que de una misma cosa se puedan haber hecho, no debiera estar reñido con establecer una jerarquía en la diversidad, con intentar fijar proporciones y con ponderar el punto de vista que en cada momento nos parece más adecuado.

¿Se pueden sustanciar las anteriores recomendaciones, tan genéricas, en una propuesta algo más concreta? De esto se trata: no otra cosa, a fin de cuentas, pretende el texto que sigue. En él se ha intentado ofrecer una muestra variada (y al autor le gustaría creer que rica) de los lugares teóricos habitualmente visitados por el filósofo. La muestra no debiera ser una mera yuxtaposición o relación sin orden ni sentido de intervenciones aisladas, independientes, sino que debiera componer un friso significativo, un dibujo útil, esto es, un mapa en el que esos diferentes lugares quedaran inscritos en el espacio, más amplio, que los abarca. Del vistazo general sobre ese mapa algo debiera sacar en claro el lector. El conjunto de cuestiones, temas y conceptos abordados no sólo informa de la naturaleza de la tarea de la que se ocupa el filósofo, sino también de la naturaleza del mismo en cuanto tal. Por esta vez, el camino inverso al habitual habría dado sus frutos, y en lugar de demorarnos en definir previamente, de manera esencial (o esencialista) ambas naturalezas, se habría procedido a mostrar, sobre el terreno de la propia práctica filosófica (ejercida por añadidura sobre sus objetos habituales), en qué consiste ser filósofo y hacer filosofía.

Puesto que sabemos desde hace mucho que cualquier modo de exposición es irremediabilmente convencional (por más que luego, como dijera Marx, aspire a parecer inevitable, necesario, derivado de la cosa misma; Benjamin, en su estela,

manifestaría años más tarde, en *Haschisch*: «Quisiera escribir algo que venga de las cosas como el vino de las uvas»),¹ únicamente cabrá argumentar a favor del modo elegido aquí en términos de eficacia. Y si la figura arquitectónica del edificio (en la base del clásico concepto de «sistema») fue ampliamente aceptada en el pasado (aunque ahora ande medio en crisis), en la medida en que permitía articular de manera útil razonamientos y discursos de elevada complejidad argumentativa, no parece insensato aspirar a que en este caso la figura, sin duda más modesta y menos presuntuosa, del menú degustación, en el que se ofrece una muestra pretendidamente equilibrada y representativa del quehacer del filósofo (con una pequeña introducción en cursiva, a cargo de un imaginario *maître*, en la que, de acuerdo con la costumbre, se le pone al comensal en antecedentes de lo que se va a llevar a la boca), sea, no sin cierta dosis de benevolencia y generosidad, aceptada por el lector. La mejor hipótesis es que el menú, además de satisfacerle, le sienta bien. La mala, que le desagrade o que no consiga componerse una idea cabal del tipo de cocina que practica el filósofo. Y la peor de todas, desde luego, que el susodicho lector se nos ponga malo y decida no volver a probar en el futuro ni el más pequeño bocado de una dieta que contenga ingredientes filosóficos.